

## EL PARLAMENTARISMO EN GRAN BRETAÑA Y LA FORMALIZACIÓN DE SUS PARTIDOS POLÍTICOS

La llegada de la Casa Hanover al trono británico permitió un crecimiento, desarrollo y autonomía del Parlamento sin precedentes. De hecho, el primer monarca de ascendencia alemana, George I, dividía su tiempo en estancias tanto en territorio inglés como en tierras alemanas, lo que facilitó a Comunes y Lores el manejo del poder sin restricción alguna. Esta situación, en donde el monarca se erigía como la figura legitimadora de las leyes propuestas y aprobadas por las cámaras, coadyuvó en buena medida a la independencia de los parlamentarios británicos, lo cual finalmente, en 1721, ocasionó la necesaria designación de Sir Robert Walpole —de la fracción de los *whigs*— como el primer ministro inaugural de Gran Bretaña.

El papel del primer ministro heredaba las atribuciones conferidas desde el siglo XVII a los lores encargados del Tesoro, y de manera particular al gran lord del Tesoro. Este grupo fue el encargado de administrar los recursos provenientes de los impuestos, razón por la cual ejercieron una influencia especial sobre los miembros de sus respectivas agrupaciones. Esta condición elevó a dicha figura, durante los siglos XVII y XVIII, a la condición de líderes *de facto* de sus respectivos gremios políticos. Fue de esta manera como el gran lord del Tesoro se convirtió, a partir de los usos y costumbres ingleses, en el primer ministro.<sup>1</sup>

El siglo XVIII experimentó un dominio avasallante de la fracción *whig*, en buena medida como producto del repliegue absoluto de los últimos reductos de la Casa Estuardo tras la derrota militar de 1746 del príncipe Charles Edward Estuardo, nombrado por sus seguidores como Charles III de Inglaterra

<sup>1</sup> En la actualidad la figura del primer ministro mantiene en su poder las atribuciones conferidas a la oficina del Tesoro. Es decir, la oficina del primer ministro es la entidad responsable de presentar la propuesta de ejercicio presupuestal cada inicio de labores legislativas ante el Parlamento. Aquélla debe aprobarse con la votación mayoritaria de los Comunes, pues en caso contrario, el gobierno entra en crisis y puede ser depuesto por los opositores. Esta dinámica se replica en todos los sistemas parlamentarios contemporáneos de origen anglosajón.

y de Escocia. Charles Edward nació en Roma, era católico y fue conocido como el joven pretendiente al trono. Era nieto del rey James II, quien había abdicado después de la Revolución de 1688, y sobrino directo de la reina Anna. En términos consanguíneos era en realidad el primero en la línea sucesoria como heredero al trono después de la muerte de su tía.

Todos estos elementos generaron un fuerte movimiento que apoyó al joven pretendiente para regresar a los Estuardo al trono. Es oportuno señalar que Charles Edward contó con el respaldo parcial de la Corona francesa y con el de los grandes clanes de las tierras altas escocesas, además del de distintos comunes *tories* escoceses en el Parlamento, quienes no habían quedado convencidos de que una casa alemana ascendiera al trono británico. De la misma forma, la Iglesia episcopal de Escocia manifestó su simpatía hacia el príncipe Charles Edward, ya que el movimiento presbiteriano, de corte más protestante y anglicano, había ganado espacios entre la población de esa nación desde la Revolución de 1688.

No obstante los apoyos, este *movimiento* militar conocido como “jacobista” fue derrotado en la batalla de Culloden, en el norte de Escocia, por las fuerzas británicas. Tras la brutal represión y venganza británicas en contra de la población leal a los Estuardo en territorio escocés, el joven pretendiente se vio obligado a huir de nuevo a Francia, y moriría a los setenta y siete años en su exilio en Roma. Nunca más la Casa Estuardo volvería a ambicionar la Corona británica ni a amenazar la continuidad de la Casa Hanover en sus distintas versiones.

Fue precisamente durante esta última campaña de los Estuardo cuando el primer ministro Sir Robert Walpole fortaleció su posición como cabeza política de la Gran Bretaña, al dominar por completo al monarca de origen alemán, George I, y encabezar las gestiones para derrotar a los insurrectos escoceses, todo ello amparado en los cuantiosos recursos británicos que administraba como lord del Tesoro y como primer ministro. Asimismo, su liderazgo ayudó a fortalecer la posición de los *whigs* en la arena política, pues el descrédito de los *tories* por sumarse algunos de ellos a la causa Estuardo provocó falta de unidad entre la oposición, produciéndose así el dominio *whig* en el Parlamento durante una parte considerable del siglo XVIII.

Durante esta etapa, George I estableció que los periodos parlamentarios serían de siete años con sesiones anuales, lo cual permitió a los políticos adquirir mayor experiencia en los cargos y, al mismo tiempo, trajo consigo una cesión de atribuciones y facultades de parte del monarca. Cabe añadir

que la victoria en contra del movimiento jacobista fortaleció considerablemente a los *whigs* como fracción política en el Parlamento, pues ciertamente habían logrado concretar la sucesión de la Casa Hanover al trono, cortando con ello la línea sucesoria de los Estuardo que tantos conflictos había generado, sobre todo por su renuencia sistemática a acatar las leyes promulgadas desde el Parlamento. Por su parte, los *tories* fueron percibidos socialmente como la fracción derrotada en la pugna entre los Estuardo y los Hanover, no obstante que la mayoría de sus miembros en la Legislatura no se habían expresado abiertamente en favor de dicha casa (Burns, 2010: 129).

De esta manera, el conflicto sucesorio terminó por convertir al soberano en turno en un ente incapaz de ejercer influencia alguna en la política británica, alejándose en forma definitiva del ejercicio del poder y centrando su atención, sobre todo, en los intereses del Reino en sus posesiones, colonias y dominios en el extranjero. En lo que corresponde a la fracción *whig*, ésta se encargó de monopolizar el poder al concentrar en su seno el nombramiento de los ministros, siempre ajustándose a las directrices marcadas desde su liderazgo. De este modo, en la mayor parte del siglo XVIII se experimentó la formalización del Parlamento en sus dos cámaras, así como la sumisión definitiva del monarca a las decisiones que emanaran de ese organismo.

Esta característica del sistema parlamentario británico fue consolidándose con el paso de los años durante el reinado de George I, de su hijo George II y de su nieto George III. Es conveniente señalar que durante los reinados de George I y George II, los *tories* fueron excluidos de las dinámicas de poder, pues la numerosa clientela electoral *whig* desconfiaba de ellos por su supuesta deslealtad al monarca; no obstante, esta fracción política fue capaz de reinventarse e incrementar sus adeptos para finales del siglo XVIII, apoyándose en sectores descontentos con la forma de gobernar de los *whigs*, así lograron allegarse amplios sectores electorales escoceses e ingleses fieles a las iglesias presbiteriana y anglicana, respectivamente, las cuales reconocen y privilegian la autoridad divina del monarca por encima de los políticos.

De esta forma, los *tories* se transformaron en defensores de los derechos de los soberanos de la Casa Hanover, ganándose así no sólo la gracia de la Corona sino también de los electores cansados de la clase política y sus deliberaciones oligárquicas. Por ello, la fracción *tory* elaboró un documento público que expresaba su punto de vista y adhesión a la Casa Real y a sus monarcas. Este documento dictaba: “El rey debe reinar y gobernar. ¿Por qué habría de obedecer

a las órdenes de un gabinete de unas cuantas grandes familias, de un Parlamento que no representa al país? A él es, por el contrario, a quien toca convertirse en campeón de sus súbditos contra los oligarcas” (Chastenet, 1947: 53).

Esta posición permitió a los *tories* ganar terreno amparados en su líder William Pitt, quien a partir de 1783 asumiría las atribuciones de primer ministro. Como era de esperarse, el monarca George III recibió con agrado esta postura *tory* y decidió hacer uso de una de sus escasas facultades, privilegiando la entrada de *tories* a la Cámara de los Lores, sobre todo para salvaguardar los intereses de la Casa Real. Este dominio *tory* en el Parlamento, en sus dos cámaras, logró extenderse hasta finales de la tercera década del siglo XIX, obligando a los *whigs* a reformular su posición frente a los electores, asumiéndose entonces como los legítimos defensores de la democracia y de los derechos de los ciudadanos sobre cualquier intento absolutista.

De esta manera, el imaginario político de ambas agrupaciones fue tomando forma como organizaciones bien identificadas y diferenciadas entre sí. De un lado quedaron los *tories* como promotores de los derechos del monarca y de la Iglesia anglicana que lo reconoce como el máximo jerarca, además de que rechaza a la clase política opositora por considerarla corrupta e incapaz. Mientras tanto, en el otro extremo quedaban los *whigs* como defensores de la libertad de expresión, la democracia y los derechos de los ciudadanos británicos consagrados en su Constitución.

Es precisamente durante este lapso cuando se produjo la integración de Irlanda al Reino, durante el gobierno que encabezó el primer ministro William Pitt; ello después de que el Parlamento con mayoría *tory* decidiera unir a dicho país bajo la tutela británica, sobre todo para controlar los constantes conflictos civiles y militares irlandeses.

Tal decisión significó abolir el Parlamento irlandés, que había funcionado desde el siglo XIII de forma independiente, al tiempo en que se pretendía someter a la mayoría católica irlandesa al interior de un nuevo reino de mayoría protestante. En este proyecto se otorgarían a Irlanda treinta y dos lores y cien comunes, todos ellos no católicos, quienes se integrarían a sus pares ingleses, escoceses y galeses en el Palacio de Westminster.<sup>2</sup> Esta acción fue amparada por un nuevo instrumento, conocido como Ley de Unión entre Gran Bretaña e Irlanda, que entraría en vigor el 1° de enero de 1801. A partir

<sup>2</sup> Es importante señalar que los 100 comunes irlandeses se sumaban a los 45 escoceses, a los 486 ingleses y a los 27 galeses para conformar una cámara con 658 miembros.

de ese momento surgiría la figura política del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda (UK Parliament, 2016g).

Con esta nueva figura, el gobierno británico *tory* fortaleció su posición al incorporar más súbditos al soberano y allegarse mayores recursos económicos para reforzar su expansión imperial por todo el mundo, situación que se veía comprometida con el triunfo de la Revolución francesa y el avance de su milicia encabezada por Napoleón Bonaparte.

En lo que corresponde al funcionamiento del Parlamento, cabe añadir que fue durante la etapa de William Pitt —en las dos primeras décadas del siglo XIX— cuando las fracciones evolucionaron hacia la conformación de partidos políticos, una vez que los seguidores del primer ministro se agruparon en torno suyo y apoyaron sus decisiones, mientras que la otra fracción se convirtió en una oposición constante y sistemática.

Lo anterior hizo necesaria una reforma en el sistema electoral británico, pues las condiciones sociales y políticas de los siglos previos habían cambiado, modificándose así los intereses de la nación. Como un ejemplo habría que considerar que si bien los Comunes habían reforzado su presencia en el Parlamento, también se encontraron frente a nuevos desafíos, sobre todo una vez que los poblados y ciudades importantes ya habían cambiado su estatus económico y, por ende, su influencia en la arena política, de tal modo que pequeños poblados medievales como Old Sarum podían todavía mantener dos representantes en el Parlamento, mientras que otras ciudades en pleno crecimiento, como Manchester, con más de cien mil habitantes, no contaban con representante alguno (Chastenet, 1947: 56).

Lo anterior generó una serie de reformas a lo largo del siglo XIX, de manera particular en 1832, 1867 y 1884, por medio de las cuales el ajuste de poblaciones con representación real significó el incremento del número de ciudadanos con derecho a votar.<sup>3</sup> Esto sin duda aseguró la transición del viejo modelo medieval parlamentario a uno moderno de representación proporcional. Es aquí precisamente en donde cobran una importancia central los partidos políticos, pues al extenderse el número de votantes potenciales, las campañas electorales se vieron en la necesidad de construir el soporte ideológico y económico de una estructura partidista capaz de superar a los adversarios. Justo en ese momento fue cuando el sistema político británico terminó

<sup>3</sup> En este caso sólo los hombres adultos propietarios, ya fuera en centros rurales o en urbanos.

siendo dominado por el poder de los partidos políticos, agrupados en torno a un patriarca o líder parlamentario, quien determinaba el rumbo de su partido y sus plataformas.

De manera paralela fueron creciendo las bases electorales de los protagonistas en la arena política, pues los seguidores de uno u otro bando encontraron las afinidades suficientes para orientar su voto a nivel local, con la esperanza de que tuviera impacto a nivel nacional cuando se designara al primer ministro.

Es muy importante subrayar que fue en este momento cuando el sistema electoral británico adoptó la práctica de “el ganador toma todo” (*winner-takes-all single-member districts*), modificando el viejo modelo de la representación plurinominal que buscaba una mayor pluralidad y representatividad de los electores. Ahora bien, si en el anterior esquema medieval de representación plurinominal se facilitó una mayor representatividad, también se estimuló la falta de disciplina partidista, pues los comunes podían privilegiar los intereses de sus representados en lugar de aquéllos de la fracción política más afín. Es decir, se podía pertenecer a la fracción *whig* o *tory*, pero no por ello someterse a sus directrices verticales, ya que se carecía de una dirigencia tangible en el escenario parlamentario, más allá de los objetivos que como clase política esgrimían frente al monarca en turno.

Aunado a lo anterior, este sistema del “ganador toma todo” estimuló el predominio de dos fracciones políticas a nivel nacional, ya que los grupos políticos locales no estaban en condiciones de hacer llegar su mensaje a los nuevos electores debido a las erogaciones económicas que ello significaba. Es por ello que durante el siglo XIX pertenecer a una franquicia partidista otorgaba al representante en la Cámara de los Comunes el estatus de miembro oficial de un proyecto político nacional y, al mismo tiempo, la legitimidad de su cargo como representante de toda su circunscripción, sin importar que el porcentaje de votos a su favor fuera menor al 50 por ciento. Esto último era una característica del viejo sistema electoral-parlamentario británico, ya que para cualquier candidato obtener una mayoría simple entre varios contendientes —ya fuera del 30 o del 40 por ciento— era suficiente para encabezar su circunscripción electoral. Lo descrito es una característica general del sistema “el ganador toma todo”.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Resulta necesario precisar que el sistema electoral parlamentario “el ganador toma todo” (*winner-takes-all single-member districts*) es también conocido en la actualidad como *single-member plurality*

En este sentido, fue en el marco del sistema parlamentario británico que *whigs* (posteriormente liberales) y *tories* (conservadores) consolidaron su papel como entes políticos dominantes, adoptando el sistema electoral del “ganador toma todo”, también conocido en la actualidad como *the simple majority* o *first past the post*, que favorece únicamente al partido que obtiene más votos por distrito electoral sin importar su porcentaje.

Lo anterior genera un efecto conocido como Ley Duverger, en honor al sociólogo francés Maurice Duverger, quien durante la segunda mitad del siglo xx desarrolló, entre otras cosas, una serie de principios en donde describía las características de este sistema electoral mayoritario y su tendencia a beneficiar el bipartidismo. Al respecto, Grofman, Bowler y Blais señalan:

Los motores teóricos de la Ley Duverger pueden dividirse en dos vertientes, la mecánica y la psicológica. La vertiente mecánica es el efecto de convertir votos electorales en asientos. En elecciones distritales donde se elige a un solo miembro, los partidos pequeños tienden a ser eliminados de forma mecánica, simplemente porque la operación del sistema electoral les niega asientos. En particular, si las elecciones se desarrollan en distritos donde se elige a un solo miembro, entonces sólo un partido (el más grande en ese distrito) podrá ganar asientos en el distrito. Los partidos más grandes recibirán mayores cuotas de asientos que de votos, sobrerrepresentándolos [...]. La vertiente psicológica se centra en la reacción mental de los votantes y de las elites en sus expectativas acerca del sistema electoral. Al darse cuenta de que la tercera opción u otros partidos menores tienen pocas posibilidades de ganar, los seguidores que de otro modo votarían por partidos pequeños se moverán hacia la opción que consideran más viable entre los dos partidos dominantes [y con posibilidades reales de ganar...]. Bajo la Ley Duverger los ricos se hacen más ricos (Grofman, Blais y Bowler, 2009: 3).

Dicho lo anterior, puede retomarse el caso británico durante el siglo xix, pues era de esperar que las reformas electorales al interior de los partidos en ese periodo les permitieran preparar cuadros políticos locales para poder designar ellos mismos a los candidatos para contender en las elecciones. Lo expuesto menguó nuevamente la influencia de la aristocracia británica instalada cómodamente en la Cámara de los Comunes, justo en momentos en que comenzaron a tener mayor peso los aspectos industriales, comerciales y financieros (Salmon, 2009: 267). Ello reforzó además que los votantes tu-

---

o, más comúnmente, *first past the post*. Estos términos podemos traducirlos como “pluralidad uninominal” o “el primero que pase el poste”. Cabe añadir que este sistema sigue vigente en Gran Bretaña y en Canadá, lo cual se retomará más adelante.

vieran la certeza de que el líder del partido por el que votaban pudiera ser el potencial primer ministro del Reino. De esta forma, el sistema electoral británico nació en un esquema abiertamente bipartidista que antepuso, en definitiva, los intereses nacionales y populares a los objetivos y ambiciones privados de la vieja aristocracia parlamentaria, que de manera exitosa había logrado separar a la Corona de las decisiones de poder del Reino.

Precisamente por ese hecho los primeros cuatro monarcas de la Casa Hanover, los George I, II, III y IV —que reinaron de 1714 a 1830—, tuvieron un papel muy limitado en las decisiones internas, no obstante las potestades que mantenían en la Cámara de los Lores, que poco a poco fue convirtiéndose en uno de los últimos reductos de la nobleza británica. Lo anterior obedecía a que esta Cámara seguía manteniendo el estatus vitalicio de la mayoría de sus miembros, y tenía en el monarca en turno al responsable de avalar o nombrar a los nuevos integrantes. Por ello, la presencia de los partidos políticos tuvo poca influencia en los Lores hasta ya bien entrado el siglo xx.

Todas estas circunstancias hicieron posible la metamorfosis de la fracción *tory* hacia el Partido Conservador en 1834, y de la fracción *whig* en el Partido Liberal en 1859. En lo que corresponde al primero, fue durante el liderazgo de Sir Robert Peel cuando esta agrupación se conformaría como la organización política que se conoce en la actualidad; él fue el encargado de dar forma a, e instaurar la disciplina en, la nueva estructura partidista para alcanzar nuevos logros electorales en los años siguientes. Peel fungiría como primer ministro de Gran Bretaña en dos periodos, de 1834 a 1835 y de 1841 a 1846. Asimismo, durante su conducción se formalizó la figura del líder de la oposición al interior del Parlamento, la que a la postre se convertiría en el interlocutor oficial para cuestionar las acciones de gobierno (Government UK, 2016a). Esta función la encabezaría el propio Peel de 1835 a 1841, al ser oficialmente el “líder de la muy leal oposición del gobierno de su majestad”, término que se mantiene hasta la actualidad.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Es necesario señalar que la figura de líder de la oposición o “The Leader of Her Majesty’s Most Loyal Opposition” existía en el Parlamento británico desde principios del siglo xix, al aglutinar a seguidores ocasionales de distintas fracciones o regiones en asuntos específicos, quienes podían integrarse o no de acuerdo con sus intereses. Lo trascendente del liderazgo de Sir Robert Peel fue que durante su etapa como líder de la oposición (1835 a 1841) inició con una práctica sistemática y permanente de crítica al gobierno en turno al frente de un partido político uniforme y disciplinado bajo su mando, dando paso, de este modo, a lo que se conoce como la primera oposición al gobierno en el sistema parlamentario contemporáneo.

En lo que corresponde al Partido Liberal británico, éste se fundó en 1859 ante la necesidad de unificar a los opositores de los conservadores. El problema de unir a las fracciones opositoras al gobierno *tory* era que éstas se componían de grupos poco homogéneos entre sí, ya que la oposición solía agrupar a varios tipos de *whigs*: aristócratas, industriales, comerciantes, burgueses y miembros de una clase media ascendente cuya influencia venía incrementándose. Aunado a lo anterior, debían incorporarse a este nuevo partido los llamados “radicales reformistas”, cuya base comenzaba a crecer y a exigir una serie de reformas parlamentarias para ensanchar la representación de las clases menos favorecidas. Por ello, a diferencia de los conservadores, que en general compartían identidad, ideología e intereses, el proceso de transformación de los *whigs* en políticos liberales organizados fue un asunto que debió esperar veinticinco años más que sus antagonistas.

Pese a ello, y debido al empuje de nuevas figuras políticas que impulsaban una mayor liberalización de los derechos de los ciudadanos y una mayor inclusión de temas sociales en la agenda política británica, en 1859 las distintas fracciones *whig* se unieron para formar un nuevo partido político, el Partido Liberal, cuyo primer líder en funciones fue Henry John Temple, tercer vizconde de Palmerston quien, si bien heredó la tradición y la estructura *whig*, tenía orígenes aristócratas que no le permitieron llevar a cabo reformas profundas en el partido. Finalmente, este cambio llegaría años después con William Ewart Gladstone, quien como líder del Partido Liberal de 1865 a 1875 y de 1880 a 1894 encabezaría una serie de reformas y políticas orientadas a definir la ideología liberal británica en el siglo XIX.

Esa visión incluía privilegiar temas como educación básica, salud, vivienda digna para los trabajadores, tolerancia religiosa, libre comercio, organización sindical, voto secreto, entre otros asuntos. Gladstone llegaría a ser conocido por su abierta animadversión a la aristocracia victoriana y a la misma reina Victoria. Fungiría como primer ministro durante cuatro periodos: de 1868 a 1874, de 1880 a 1885, en 1886, y de 1892 a 1894. También fue líder de la oposición de 1874 a 1880 y de 1886 a 1892 (Government UK, 2016b).

Es también importante añadir que en esta etapa de conformación de los partidos políticos durante el siglo XIX en Gran Bretaña, la Corona, representada por George IV y William IV, fue testigo de los debates y del avance de la Cámara de los Comunes frente a la de los Loes. Al mismo tiempo, sus reinados tuvieron contactos permanentes con los primeros ministros y líderes

de la oposición de ambos bandos políticos, que buscaban sobre todo ganar su gracia y aprobación para los acuerdos discutidos en ambas cámaras; sin embargo, como se ha señalado, la gracia del soberano solía centrar su atención en la Cámara de los Lores, pues ahí permanecía la vieja aristocracia británica agazapada frente al avance de las nuevas clases sociales.

Puede afirmarse incluso que ante la vulnerabilidad de sus funciones —tras siglos de confrontación con el Parlamento—, el siglo XIX sirvió para colocar la figura del monarca en turno como una entidad de elevada estatura moral, la cual no solía inmiscuirse en los asuntos de los políticos del país, pues esta clase gobernante frecuentemente era menospreciada por buena parte de la sociedad debido a sus escándalos y acusaciones mutuas de corrupción. Fue así como a partir de las primeras décadas del XIX la actitud mundana de los políticos contrastó con la presencia digna del monarca.

Este nuevo papel del monarca británico en turno tuvo en la reina Victoria (1837-1901) —última representante de la Casa Hanover— a su máxima exponente, pues su carácter imperturbable, resignación y buenos modos fueron adoptados como moda y estilo de vida por la aristocracia británica, en un periodo histórico conocido como época victoriana.<sup>6</sup> Durante esta etapa de cambios culturales, políticos, industriales y científicos, Gran Bretaña tuvo su mayor alcance en materia de extensión imperial en territorios de América del Norte, África, Medio Oriente, Asia y Oceanía.

Debe señalarse que la presencia de la reina Victoria en la vida pública británica fue muy limitada e incluso en diversos momentos expresó animadversión por los liberales y sus ideas. Dicha actitud estimuló las opiniones de carácter republicano en el Reino y simultáneamente sirvió como aglutinadora de nuevos proyectos constitucionales para la mejora de las clases bajas. Este avance de la corriente progresista británica y de las ideas de justicia social empujadas por los liberales en la Cámara de los Comunes fue parte de una profunda contradicción histórica, política, social y económica de Gran Bretaña, pues al mismo tiempo en que las ideas reformistas avanzaban a paso firme por todo el Reino, la estricta moral victoriana —dirigida por la propia reina— ganaba espacio como estilo de vida. Lo anterior, a pe-

<sup>6</sup> Es importante señalar que la moral victoriana y sus contradicciones sociales, políticas y jurídicas fueron expuestas de forma magistral por el escritor Charles Dickens en libros como *David Copperfield* (1850) o su obra maestra, *Bleak House* (Casa desolada) (1853), entre otros.

sar de que vivió su largo reinado confinada en sus residencias reales, y limitada, sobre todo, a iniciar de vez en cuando los periodos parlamentarios.

Precisamente por ello esta etapa histórica y política en Gran Bretaña resulta de especial relevancia, pues en dicho lapso se consolidaron las mecánicas del parlamentarismo contemporáneo. Cabe añadir que este funcionamiento se gestó, como se ha mencionado, en medio de profundas contradicciones que requirieron soluciones y reformas bien cimentadas, sobre todo para hacer posible la viabilidad y prevalencia del sistema político británico. Entre estas nuevas dinámicas que fueron tomando renovados impulsos y formas durante el transcurso del siglo XIX sobresalen:

1. *La oficialización del papel del “portavoz” o “speaker” de la Cámara de los Comunes.* El *speaker* se ha desempeñado también como el presidente de los Comunes. Si bien la existencia de los primeros portavoces se remonta a los siglos XII y XIII, fue con el fortalecimiento de los partidos políticos en el XIX que su figura asume las características y la mística que posee en la actualidad. El *speaker* o presidente asume sus funciones renunciando de manera paralela a su filiación partidista original, que es aceptada por su partido a cambio de ejercer su cargo con total imparcialidad. Es importante señalar que el *speaker* gana su asiento como un común más y entra en funciones cada inicio de periodo legislativo después de las elecciones generales para designar primer ministro. Su asiento es el único que no tiene contendiente en su circunscripción electoral, al presentarse como un candidato especial para ser reelecto como portavoz de la Cámara de los Comunes.

Cabe agregar que de acuerdo con las tradiciones británicas, en un primer momento el *speaker* rechaza el nombramiento en su intervención inaugural en el nuevo Parlamento, y entonces debe ser persuadido con leves empujones por sus compañeros de la Cámara para aceptar el cargo. Esta curiosa costumbre obedece a que siglos atrás el *speaker* solía llevar malas noticias y anunciar el rechazo a las propuestas presupuestarias del soberano en turno y, por ende, era el primero en recibir los efectos de su ira. En este sentido, debe señalarse que no pocos *speakers* terminaron asesinados o decapitados en funciones, tanto por órdenes del soberano como por decisión del Parlamento en su conjunto, cuando fueron considerados como traidores.

Las principales responsabilidades del *speaker* desde el siglo XIX son: sentarse al centro y de frente a las dos bancadas de la Cámara de los Comunes; mantener el orden en dicha Cámara durante sus discusiones; dar la palabra a los diputados; ser el representante oficial de todos los comunes frente a la Cámara de los Lores y ante las distintas comisiones de la misma Cámara de los Comunes; determinar qué enmiendas a una moción o proyectos de ley serán discutidas; tener la potestad de suspender comunes (o diputados) si éstos no guardan el respeto que la Cámara merece (UK Parliament, 2016h). En la actualidad, en momentos de rispidez, gritos o arrebatos de palabra en los debates, los diputados se dirigen al *speaker*, en su calidad de presidente de la Cámara, para que inste al orden y llame la atención de manera firme a los comunes transgresores en la discusión.

Un dato importante que no debe pasarse por alto es que el *speaker* no vota en las sesiones del Parlamento y sólo puede hacerlo en caso de empate. En este sentido, su voto suele orientarse hacia el rechazo a las propuestas legislativas que suponen falta de acuerdo. Cabe agregar que también debe atender sus responsabilidades como representante de sus electores; por ello, se nombra una comisión permanente de otros tres diputados *speakers*, quienes tienen la función de relevarlo en debates largos para permitirle cumplir con sus obligaciones como diputado en su circunscripción.

2. *La formalización del gabinete de gobierno mediante el control ministerial de los asuntos públicos.* Los gabinetes de gobierno británicos fueron consolidándose al mismo tiempo en que los partidos políticos tomaron el control de la Cámara de los Comunes durante el XIX. Fue a partir de ese momento cuando el primer ministro tuvo la oportunidad de organizar la agenda nacional al tomar el control de los asuntos del Reino; esto, claro está, a través de operaciones y rutinas de carácter institucional, y siempre apoyándose en su partido político. Sólo así, mediante el reforzamiento de una agenda de carácter público, el gobierno —encabezado por el primer ministro— fue capaz de organizar asuntos de interés general; ello, mediante distintos ministerios dirigidos por comunes nombrados por él mismo. Este ejercicio dio paso finalmente al nacimiento de los gabinetes de gobierno, liberándole tiempo al primer

ministro para que pudiese concentrar su atención en sus centenarias atribuciones, como organizar y administrar la economía y el presupuesto, la defensa del Reino y la salvaguarda de sus intereses en el exterior. Todo lo anterior, desde luego, con la anuencia del monarca en turno y de su Cámara de los Lores.

Debe añadirse que la consolidación del gabinete fue desplazando el protagonismo e importancia de los comunes privados,<sup>7</sup> ya que los objetivos personales o regionales cedieron ante el empuje de las agendas partidistas. Todo ello minimizó gradualmente la influencia de los comunes privados, que en su individualidad se vieron imposibilitados de empujar intereses de carácter particular. Esto último reafirmó la tendencia de los comunes para incorporarse a algún partido político afín, sobre todo con la meta de asegurar su posición, hacer escuchar su voz e incluir temas para su discusión en el gabinete ministerial. Justo es afirmar que hacia finales del siglo XIX dicha institución ya había asumido el control de toda la Cámara de los Comunes.

Todos estos cambios se dieron al mismo tiempo en que la Cámara de los Comunes debió multiplicar sus funciones para discutir y resolver una mayor cantidad de pendientes, entre los que sobresalían proveer de infraestructura y servicios asociados a la creciente urbanización e industrialización que experimentaba Gran Bretaña en ese lapso. Entre los temas que solían discutirse y repartirse en el gabinete sobresalían: construcción de nuevos recintos industriales, caminos, vías ferroviarias, canales, cárceles, puertos, puentes, así como estaciones y suministro de gas, agua y luz (Salmon, 2009: 255). Debe agregarse que igualmente se incluían nuevas problemáticas por resolver, como vivienda, educación y salud en las zonas urbanas.

<sup>7</sup> Durante el siglo XIX, los comunes “de carácter privado” pierden vigencia al ser electos por comunidades más extensas y no solamente gracias al patrocinio de algún particular. Con ello, los comunes o diputados multiplicaron sus responsabilidades hacia más electores y no sólo frente a su patrocinador. Es oportuno señalar que desde el origen de los primeros parlamentos ingleses, la figura de los *private members* o miembros privados se concentró en salvaguardar los intereses de los grandes barones burgueses o aristócratas, a los cuales representaban y debían su cargo. Ya con la aparición y fortalecimiento de los partidos políticos y de los gabinetes de gobierno, esta figura de los comunes privados pierde importancia, pues dejan de ser efectivos para sus patrocinadores, ya que su cargo depende de la preferencia de muchos más electores.

3. *El carácter público de los debates parlamentarios*. La relación estrecha entre el *común* y los ciudadanos se encontraba vetada hasta mediados del siglo XIX, pues se restringía la entrada de extraños al recinto de la Cámara de los Comunes, y no sólo eso, también se prohibía la publicación de sus procedimientos para llegar a acuerdos y reformas. Todo esto permitió la secrecía o discrecionalidad de la forma en que se llegaba a los acuerdos, facilitando la corrupción; sin embargo, las reformas de 1832 promovieron una mayor visibilidad del diputado en relación con la ciudadanía, sobre todo por la variedad de temas que el *speaker* y el gabinete se vieron en la necesidad de poner a discusión.

De esta forma, las demandas de los electores fueron incrementándose al interior de la Cámara de los Comunes, al igual que su necesidad de conocer la forma en que se abordaban. Por esa razón, comenzaron a surgir periódicos especializados en temas parlamentarios, que llegaron a tener más de dos millones de lectores. Para lograr algo así, se destinó un espacio particular en la Cámara con el fin de permitir a los periodistas tomar nota de los debates y facilitar su difusión masiva (Salmon, 2009: 261). Esta demanda de información propició también la propagación de discursos impresos de algunos comunes con temas de interés público, cuya meta era alcanzar popularidad personal, y con ello nuevos seguidores a sus causas partidistas.

Lo anterior estimuló el carácter teatral y de actitud declamatoria muy elaborada en las discusiones parlamentarias británicas durante la era victoriana, colocando muchas veces a algunos comunes como celebridades públicas a seguir. Toda esa situación reconfiguró la forma de hacer política, debido a que las decisiones y discusiones en el Parlamento habían dejado de ser privadas para convertirse en plataformas de carácter e interés públicos, lo que sin duda permitió el nacimiento de un culto político inédito hacia los partidos, sus líderes y sus proyectos, todo lo cual facilitó la adhesión de nuevas bases electorales en el corto y mediano plazos.

Por ello, el carácter público de los temas parlamentarios se colocó como un elemento intrínseco de la democracia británica, excluyendo así la vieja práctica de llegar a acuerdos y elaborar reformas en secrecía por los parlamentarios. Todo lo anterior dio paso a la transparencia de la política parlamentaria como un sello distintivo de este estilo de go-

bierno, no solamente en Gran Bretaña, sino en todas sus colonias, dominios y zonas de influencia en el siglo XIX.

Ahora bien, si se considera que la conformación de los partidos políticos, el surgimiento de la figura del primer ministro, el fortalecimiento del *speaker*, el nacimiento del gabinete, la apertura del Parlamento y la difusión pública de sus debates son temas fundamentales del desarrollo del parlamentarismo británico en el siglo XIX, es necesario señalar también cuáles fueron las dinámicas emanadas de su viejo parlamentarismo que siguen dándole forma a las estructuras políticas anglosajonas en los siglos posteriores. En este sentido, temas como la identificación de poderes en los sistemas parlamentarios, los discursos del trono y sus propuestas presupuestarias cada inicio de labores legislativas, así como los distintos tipos de gobierno que surgen del sistema político parlamentario, son asuntos que bien merecen un señalamiento en la parte final de este apartado.

En primer lugar, nuestras cavilaciones deben dirigirse a identificar la división de poderes en el sistema legislativo británico, ya que, como se ha visto, fue el conflicto constante entre la Corona y el Parlamento durante el lento transcurso de los siglos lo que terminó por separar al monarca del Poder Legislativo y, de forma paralela, de elevar la figura del primer ministro como cabeza ejecutiva del Estado; no obstante, debe tenerse claro que lo anterior no contraviene que el monarca en turno figure en y ejecute actos de alto protocolo como jefe de Estado y monarca de toda la Gran Bretaña,<sup>8</sup> sus antiguos dominios,<sup>9</sup> territorios de ultramar<sup>10</sup> y dependencias de la Corona.<sup>11</sup>

Por ello precisamente Jacques Chastenet afirma que es difícil precisar el momento exacto de esta separación de atribuciones, no tanto mediante la instauración de la Constitución o la imposición de sus leyes en fechas precisas, sino por el ejercicio constante e inherente en la búsqueda de soluciones efectivas frente a problemas diversos. De hecho agrega: “[...] el ceremonial parlamentario no impide ninguna innovación, no está hecho para eso, pero

<sup>8</sup> Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte.

<sup>9</sup> Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

<sup>10</sup> Estos territorios se definen como aquéllos bajo el mando y soberanía del Reino Unido y se componen de diecisiete jurisdicciones, entre las que destacan Bermudas, las islas Caimán, las islas Farkland (islas Malvinas), Gibraltar o los territorios británicos en la Antártida, entre otros.

<sup>11</sup> Isla de Man, Bailías de Jersey y Guernsey.

la innovación más osada la asienta sobre un peñasco muy viejo y firmísimo y con eso mismo la consolida” (Chastenet, 1947: 12).

Por ello, desde los tiempos de Henry II Plantagenet en el siglo XII, hasta el largo reinado de Victoria en el XIX, la evolución sistémica del parlamentarismo anglosajón por más de setecientos años descentralizó el poder y lo dividió en ramificaciones que terminaron por otorgar al Parlamento, en su Cámara baja, una capacidad de acción, independencia y concentración de poder inusitadas.

Sin embargo, paradójicamente esa independencia y ese poder requieren legitimarse por medio de la figura del monarca en turno, quien debe inaugurar cada periodo legislativo con un discurso a los parlamentarios en ambas cámaras. Este particular hábito, retomado por distintos modelos de gobierno,<sup>12</sup> es conocido en la cultura política anglosajona como el Discurso del Trono (*Speech from the Throne* o *Throne Speech*). En éste, el monarca —o su representante real—<sup>13</sup> dirige un mensaje al país ante la presencia de comunes y lores, en el cual señala las direcciones por seguir en las materias política y económica. El propio Chastenet retrata este tipo de usos de forma singular: “En cuanto a la Excelentísima Majestad del Rey, cuyo gracioso discurso es necesario para poner en movimiento la maquinaria parlamentaria, y cuyo gracioso asentimiento hace la obra de esa maquinaria un producto acabado, no es hoy más que un mascarón de proa en el tajamar de un navío cuyo *governalle* empuñan otros” (Chastenet, 1947: 12).

Así, el Discurso del Trono ha evolucionado desde sus primeras referencias en el siglo XII hasta llegar a convertirse en un elemento indispensable del protocolo para poner en marcha las labores legislativas tras la apertura del Parlamento, ya sea por elecciones generales o debido a prórrogas parlamentarias establecidas con la anuencia de la propia Corona. Es muy importante considerar que con el paso de los años el Discurso del Trono se transformó en una acción protocolaria para presentar y aprobar el ejercicio presupuesta-

<sup>12</sup> Debe señalarse que esta práctica se desarrolla en distintos países en formas particulares, siendo una de las más conocidas el tradicional mensaje del “estado de la nación” que el presidente de Estados Unidos dirige al país a principios de cada año ante senadores y miembros de la Cámara de Representantes.

<sup>13</sup> Dicho representante puede ser el lord canceller (Lord High Chancellor of Great Britain o Lord Chancellor) en Gran Bretaña; el gobernador general como representante directo de la Corona en los antiguos dominios; el gobernador en los territorios de ultramar, y el teniente gobernador en las dependencias del Reino Unido.

rio del gobierno.<sup>14</sup> Para ello, dicho gobierno requiere la aprobación de una mayoría en la Cámara de los Comunes. Una negativa a la propuesta presupuestaria significa, en los hechos, el rechazo al gobierno que presenta el documento en voz del monarca o su representante y, por ende, una convocatoria a nuevas elecciones. Desde luego, hay que agregar que tales comicios sólo pueden realizarse con el consentimiento expreso de la Corona.<sup>15</sup>

En lo que corresponde a las funciones parlamentarias del primer ministro, es preciso recordar que el propio surgimiento y la fortaleza de los partidos políticos en Gran Bretaña durante el siglo XIX fueron elementos que permitieron al titular del Poder Ejecutivo fungir como líder del partido en el poder y al mismo tiempo como cabeza del Poder Legislativo. Lo anterior es posible gracias a que, precisamente, es el Legislativo el que elige a dicho líder como primer ministro. A partir de ese momento, tal personaje ocupa su asiento como un diputado más en la Cámara de los Comunes, con todos los derechos y obligaciones de participar en las discusiones legislativas. Como es de esperarse, el cúmulo de sus correligionarios suele respaldar, proteger y seguir las directrices de su líder como parte de su disciplina partidista; de lo contrario, el primer ministro no sólo podría perder el control del Poder Legislativo, sino también su credibilidad como líder del partido que lo postula, poniendo incluso en riesgo la continuidad de su gobierno como titular del Poder Ejecutivo. Debe señalarse que si bien en realidad este tipo de revueltas en contra del primer ministro no son raras, tampoco llegan a derribar gobiernos (Rhodes, Wanna y Weller, 2011: 198-201).

Por otra parte, en lo que atañe a los tipos de gobierno en el esquema parlamentario británico, debe mencionarse que existen tres formas en las que se puede asumir el poder con el apoyo del Parlamento. La primera es el gobierno de mayoría. En este esquema, el partido que logre la mayor cantidad de escaños en la Cámara de los Comunes es el que elige a su líder partidista como primer ministro.

<sup>14</sup> Este proyecto y documento lo elaboran directamente el primer ministro y su oficina, por tratarse del encargado directo de los fondos hacendarios y de su destino, lo cual ya se señaló en su oportunidad.

<sup>15</sup> Es oportuno remarcar que los usos, costumbres y hábitos políticos británicos dan la pauta para encontrar soluciones frente a diferentes problemáticas. Por ello, para evitar conflictos embarazosos ante el monarca, los Comunes lograron desarrollar, desde el siglo XVII, una serie de ejercicios y cabildos previos para alcanzar consensos y permitir la presentación del Discurso del Trono sin contratiempos; sin embargo, cuando el consenso no es posible, el gobierno opta por convocar a nuevas elecciones generales, antes de verse expuesto a ser rechazado por la mayoría opositora en sus planes de gobierno frente al monarca o su representante en el Parlamento.

De acuerdo con esta estructura se busca obtener el 50 por ciento más uno de los distritos electorales. Sus efectos inmediatos son, en primer lugar, la consolidación de una tendencia que fortalece a los dos partidos con mayor infraestructura y, en segundo término, el decidido apoyo a la conformación de gobiernos de mayoría de un solo partido para lograr la gobernabilidad (Kam, 2009: 23).

Otra forma de gobierno bajo el sistema parlamentario es el de minoría. Bajo esta figura, el partido que obtenga el mayor número de asientos en la Cámara de los Comunes, siempre y cuando sea menor al 50 por ciento, es el que elige a su líder como primer ministro. La principal dificultad de esta opción radica en que dicho gobierno se enfrenta a una mayoría opositora, la cual suele manifestarse bastante dispuesta a obstaculizar la acción del partido gobernante. Lo anterior crea la necesidad de que este último busque alianzas con alguna minoría parlamentaria para garantizar así la continuidad de su gestión. Por esta razón, las disidencias del mismo partido al interior de los gobiernos de minoría suelen ser de alto riesgo si no logran sofocarse a tiempo (Kam, 2009: 46).

La tercera opción de gobierno según el esquema parlamentario británico es la del gobierno de coalición. Esta figura estimula la cooperación entre diferentes actores políticos partidistas, abriendo espacios para nuevas opciones, ya que alguna de las dos fuerzas dominantes debe ampliar e incluir en su agenda programas de otras agrupaciones para lograr su apoyo y sus votos en la Cámara de los Comunes. De esta forma, el líder del partido que logra convencer a otros diputados de votar a su favor es el que al final podría obtener el cargo de primer ministro. Ello gracias a que logró sumar el 50 por ciento más uno de los sufragios del Parlamento, sin importar que los mismos provengan de más de un partido político, además del que encabeza el propio candidato.

Este esquema de gobierno en realidad puede considerarse más democrático, pues otorga espacios de acción gubernamental a minorías políticas que de otra forma jamás podrían ser contempladas como serios contendientes al poder; no obstante, la duración de este tipo de gobiernos no suele ser extensa, ya que los conflictos al interior de los partidos que conforman la coalición, aunados a la presión del que encabeza la primera oposición, regularmente son elementos que juegan en contra para el partido gobernante. Asimismo, debe considerarse que los sectores más tradicionalistas suponen

que los gobiernos de coalición no son capaces de tomar decisiones difíciles, además de que se cree que los países con representación proporcional no necesariamente son tan efectivos en materia económica. Éste es sin duda un elemento distintivo del sistema parlamentario que desde el siglo xx es mejor conocido como Westminster (Seidle, 2010: 516).

En este punto es necesario recordar que el desarrollo del parlamentarismo británico adoptó en el siglo xx un nuevo concepto conocido mundialmente como sistema Westminster, al cual hemos aludido de manera constante en este libro y que suele ser un elemento común de referencia para la vida política de Australia y Nueva Zelanda. En Canadá y Sudáfrica se habla de la herencia Westminster para referirse a sus sistemas de gobierno; en el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte se ha llegado a utilizar como una abreviatura del sistema gubernamental. Por lo tanto, la mención de los gobiernos con herencia británica —considerando a Inglaterra como madre del parlamentarismo— y el término Westminster son utilizados como sinónimos (Rhodes, Wanna y Weller, 2011: 1-4).

En términos históricos, el concepto Westminster fue oficializado en 1931 por la Corona británica al otorgar mayor autonomía en materia de política exterior a los miembros del Imperio. De esta forma, el documento avalado por la Corona estipuló que los dominios de Australia, Terranova, Sudáfrica, el Estado libre de Irlanda, Nueva Zelanda y Canadá deberían nombrar, mediante sus respectivos primeros ministros, a un gobernador general como representante del monarca. Lo más trascendente del Estatuto de Westminster fue que dotó de igualdad y capacidad de autogobierno a sus dominios, no obstante que naciones como Canadá y Nueva Zelanda ya habían recibido la venia real para ser comunidades autónomas desde el siglo xix. Desde ese momento, ambos países estuvieron en posibilidades de elegir a sus comunes y, por ende, a sus primeros ministros sin intervención directa de la metrópoli (Tidridge, 2011: 46).

Por ello el siglo xix es fundamental para entender los elementos que convergieron para dar forma al actual sistema parlamentario británico y a sus instituciones. De hecho, el propio sistema electoral emanado de este tipo de gobierno encontró en los partidos políticos las herramientas adecuadas para asegurar su subsistencia. Justo es señalar además que este sistema de elección de representantes fue modificando la propia mecánica política del Reino una vez que se consolidó, en el siglo xx, un esquema que convirtió a los

asientos parlamentarios en distritos específicos, creándose al mismo tiempo una serie de efectos mecánicos que dificultaron la llegada de actores ajenos a los círculos de poder representados en los partidos hegemónicos, es decir, el Liberal y el Conservador.

Por eso resulta muy oportuno retomar las afirmaciones de Maurice Duverger en el sentido de que “[...] el carácter bipartidista del sistema inglés no está sujeto a dudas” (Duverger, 2014: 236), sobre todo porque en los países británicos, o cuya procedencia institucional y política sea británica, se ha logrado desarrollar un sistema de dos partidos hegemónicos durante gran parte de su historia.<sup>16</sup> Este dominio de dos entes políticos poderosos ha llevado al sistema electoral parlamentario en el siglo xx a convertir los distritos electorales en escaños parlamentarios, excluyendo de forma mecánica y “natural” a terceros en discordia. En otras palabras, en un sistema como el británico-anglosajón, los distritos electorales ponen en disputa solamente un asiento por distrito, y regularmente resultan vencedores los partidos grandes, pues son los únicos que disponen de recursos y bases sólidas para competir con eficiencia, a diferencia de las fuerzas emergentes. Este sistema es conocido en inglés como *single member district elections*, algo que podría traducirse como pluralidad electoral distrital de un solo miembro o simplemente como “sistema uninominal”.

Otros especialistas en el tema también sostienen que tal pluralidad electoral por distritos con un solo representante estimula sobre todo la competencia entre dos partidos, ya que disminuye las posibilidades de influencia de agrupaciones políticas pequeñas o recién surgidas de forma “mecánica, simplemente porque la operación del sistema electoral les niega asientos” (Grofman, Blais y Bowler, 2009: 2). Es decir, el sistema parlamentario Westminster facilita que los partidos grandes reciban una mayor cantidad de asientos que de votos, estimulando su sobrerrepresentación. Lo anterior sucede al mismo tiempo en que los pequeños reciben una menor proporción de asientos que de sufragios, lo que reduce su representación real (Grofman, Blais y Bowler, 2009: 3).

El politólogo francés Maurice Duverger realiza una clara explicación del sistema político británico al señalar que el jefe de Estado desempeña un

<sup>16</sup> El propio Duverger alude al fin del Partido Liberal inglés en los años veinte del siglo xx, justo cuando los laboristas ocuparon su sitio como principal agrupación partidista antagónica del Partido Conservador, lo que significó una renovación del carácter dual del sistema bipartidista británico, cuyo caso abordaremos en el capítulo siguiente.

papel muy secundario en el sistema parlamentario, es decir, el rey reina pero no gobierna. Para Duverger resulta impresionante la oposición en la estructura del Parlamento y su bicameralismo; se nota que la Cámara de los Lores no tiene ya muchos poderes y que su influencia es casi exclusivamente moral; que el gabinete tiene capacidad de disolver el Parlamento pero no lo hace porque un solo partido es el que posee el gobierno en su totalidad y no puede por ello autocensurarse, que el sistema parlamentario es un gran motor con frenos efectivos: que un gabinete homogéneo y poderoso dispone de una mayoría estable y coherente, y que allí, en el Parlamento, sólo dos partidos se reparten, en la práctica, los asientos parlamentarios, uno de los cuales asegura la totalidad del gobierno y el otro se limita a expresar de manera libre las críticas de toda la oposición (Duverger, 2014: 234-235).

De esta forma, si bien se han señalado varios elementos en juego, estas últimas referencias identificadas por Duverger permitieron a Gran Bretaña culminar el siglo XIX con un Parlamento fuerte que logró ajustarse gradualmente a las nuevas necesidades que demandaba su añejo sistema político, fundado sobre bases monárquicas y aristocráticas varios siglos atrás. Ello dio paso a una nación moderna e imperial repleta de leyes, pero discreta en su aplicación. Lo anterior consolidó una Cámara de los Comunes cada vez más fuerte y segura de su propio poder, permitiéndole al Reino encarar exitosamente los amargos desafíos que acompañarían buena parte del siglo XX.